

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un artículo del brillante cronista Gómez Carrillo sobre manjares raros y estrambóticos, ha sido discutido estos días por la prensa. ¿Se comen realmente en París arañas,

«sapos y sucios insectos»,

como se dice en una obra teatral de la época de Comella, ó es sólo una fantasía del escritor, para entretener y asombrar á los lectores de aquende el Pirene, que no han pasado, en materia de comestibles, de las ancas de rana y la sangre frita?

Hace tiempo que París, en su grande y sutil espíritu comercial, ha declarado artículo de comercio la curiosidad inquieta y algo bobalicona de los extranjeros que á la ciudad-Luz concurren. Si un establecimiento puede sacar partido de esta curiosidad atrayendo gente por medio del anuncio de manjares inauditos y asquerosos, no vacilará en aprovechar el filón que se le presenta. Como Vespasiano, encuentran que toda moneda, venga de donde viniere, huele bien, y ponen en explotación las perversiones del apetito y lo que pudiéramos llamar sadismos del estómago cansado y revuelto de los viajeros ricos y buscadores de sensaciones nuevas.

Desde luego reconozco que en lo del comer, algo hay de convencional. Si nos habituamos á un alimento, no nos parece repugnante, pero se lo parecerá á quien no esté acostumbrado á él. Recuerdo que en mi niñez, en un pueblo de la costa, nuestra cocinera horrorizó á los indígenas, pidiendo en la cortaduría criadillas de ternera. El clásico frito de todos los cafés de Madrid parecía allí una comida de locos ó de sucios. «¡Los señores comen cada porquería!», exclamaba, puesta en jarras, la cortadora, que en vez de alegrarse al ver apreciado lo que antes se echaba á los perros, demostraba reprimida indignación.

Si: hay el hábito, la educación del paladar, que es un ejercicio como otro cualquiera.—Hay también la saturación invencible, la hartura de un manjar, la repulsión hacia una comida que no varía, aun cuando al principio guste. Un chico á quien en un colegio dieron huevos fritos al almorzar por espacio de un año seguido, sentía arcadas al ver huevos fritos tan sólo. De suerte que el paladar es una persona equilibrada, que rechaza lo nuevo y lo demasiado viejo, y pide cosas que conozca y trate y no le cansen en demasía.

En paladares normales, claro es que la extravagancia no ejerce atracción. Por mucho que nos lo repitan—y lo dicen hasta eminencias culinarias, pero no convencen,—el buey y la ternera, para bistecs y chuletas, serán siempre preferibles al burro y al caballo; el gazapo al gato; el pollo al ratón, y la anguila á la sierpe. Es inútil que nos ensalcen los méritos del encabollado de gato, del fricandó de *mur* (dicho así da menos grima) y del Chateaubriand de pacífico jumento. Nos atenemos á las especies animales que desde tiempo inmemorial se consideran comestibles, y continuamos por el trillado camino de huir de las otras, que nos habrán encajado en embutidos alguna vez, pero conste que abusando de nuestro candor.

Por lo demás, el comer arañas no es tan nuevo ni tan parisiense (¡apenas hará años que trino yo contra el parisiense; que lo recuerde Cavia!), como da á entender el artículo de Gómez Carrillo. En la propia Marinada existía, allá por 1868, un guasón local, uno de esos hombres ocurrentes de quienes cada mañana se refiere una salida humorística ó una diablura sazónada, que había dado en la no muy pulcra tema de sentarse á la mesa de un café céntrico, pedir Jerez, y cuando le traían la copa, abrir un cucurucho, sacar de él una araña viva, zambullirla en el vino, y tragarse ambas cosas juntas, ante la concurrencia estupefacta. Sucedió que, habiendo llegado á la ciudad un tratante inglés, le convidó nuestro bromista, con objeto de dejarle atónito, al café donde diariamente

realizaba su *tour*, ó, para que Cavia no se queje, su gracia ó habilidad. Todos se fijaban, esperando divertirse más que nunca. Cuando, al servirse el Jerez, vió el hijo de Albión que salía del cucurucho el insecto agitando las patas, permaneció absolutamente impasible: dijérase que ni se enteraba del caso. El español puso el bicho en remojo, y no sin hacer simulado guiño á los de enfrente, se dispuso á trasegarlo. Entonces el britano, deteniéndole con el ademán, exclamó pausado y grave: «Mi guarda osté un moslito de la araña, para comer yo mí también.»

No discutamos á los aficionados al «moslito» de araña. En la «Cazuela asiática» forman parte los tales moslitos del menú, minuta ó lista. Claro es que los parroquianos de la sobredicha cazuela merecen el calificativo con que leemos en *Salambó* que eran designados los moradores de cierto barrio cartaginés, «*mangeurs de choses inmondes*». Pero, en fin—una vez que se trata de Francia, emplearemos este giro francés,—*tous les goûts sont dans la nature*, ó, á la española, de gustos no hay nada escrito, y al que le plazcan los bicharracos, con su pan ó con su Jerez se los coma...

Lo que no debe autorizarse nunca es el que tales platos figuren en los convites. Porque cada cual es muy dueño de comer aunque sea boses de tigre con salsa de mosquitos; lo que no es lícito es imponer al resto de la humanidad el capricho de un estómago. Por eso, en los banquetes, la lista suele ser clásica, sin rarezas y hasta sin regionalismos.

En efecto, la cocina regional, muy simpática para mí, y en general muy gustosa, no está admitida en las mesas correctas, en las mesas «bien» (señalo este atroz galicismo á Cavia). Así como no se pueden llevar á sociedad el elegante traje de los charros, ni el garbosísimo traje de los majos andaluces, ni la montera, ni los zaragüelles, no cabe servir en un banquete *fino* el farinato, el gazpacho, el pote ni la paella—platos todos muy ricos—y tras de los cuales infinitos cristianos se chupan los dedos.

El gazpacho, sin embargo, en las épocas de calor y con el aditamento del hielo, va desliziándose suavemente en los almuerzos escogidos, substituyendo á la sopa y al consumado, á mi ver con ventaja.

No se ha abierto camino aún la idea—tan lógica—de que las estaciones deben modificar la alimentación. Se sirven en verano las mismas carnes abrasadas y sangrientas, los mismos guisos con las mismas especias, los mismos vinos alcohólicos, que forman en invierno y en climas fríos la base del sustento de las clases acomodadas. Y esto es absurdo: nadie me lo negará. El verano pide una alimentación refrigerante, suave y sencilla. A decir verdad, y si atendemos á las enseñanzas de los higienistas, lo de la sencillez conviene en todo tiempo; nuestra mesa, como los otros aspectos de nuestro vivir, se ha complicado por demás, y ya se sabe que el ayuno era sanitario antes aún que religioso; y digo *era*, porque ya contadísimas personas lo practican.

¿Verdad que da pena que se haya inundado la Exposición de Zaragoza? Es una casualidad, de esas que parecen picardía de la suerte. Después de tanto trabajo, de tanta lucha como habrá costado la Exposición, merecían sus iniciadores que el Ebro no les jugase esta pasada. «No hay que llamarlo... ¡Masíau viene!», que dijo el baturro.

Es una de las plagas españolas, la inundación. No entiendo de hidrografía lo bastante para decir si hay manera fácil y práctica de remediarlas. He leído, ó mejor dicho, he pasado los ojos por artículos en que se desarrollaba extensamente la teoría de los canales, charcas, pantanos, embalses y otros medios de repartir convenientemente el agua por el suelo, seco y árido, de la mayor parte del territorio español. Sería muy de desear que los planes escritos se desarrollasen, trayendo la tranquilidad y la fertilidad á comarcas inmensas. Uno de los enemigos mortales de la Península Ibérica es la aridez: escribamos sin temor la palabra, por más que la encuentren hasta ofensiva los panegiristas de la belleza y fertilidad de nuestro terruño, que es bello y fértil, en todo caso, si se riega y cultiva y desaparecen esos temerosos «despoblados» que han sido su nota característica desde los tiempos remotos. Este cuerpo vigoroso y fuerte necesita jugo de sangre. La riqueza hidrográfica, bien distribuida, le daría cuanto jugo ha menester.

Un suceso asaz curioso es el percance del diestro Fuentes, no en la plaza, sino en automóvil. No cabe episodio más modernista. El suceso, nos dicen los periódicos, ocurrió al subir la cuesta de la Cierva, que yo no sé adónde cae, pero que, por las señas, debe de ser bastante pina. El artillero llevaba excesiva velocidad. He aquí un detalle típico. Para las cuestas arriba quieren los profesionales del auto sus

caballos ó su burro, que las cuestas abajo se las suben perfectamente desliziándose, con la ayuda de todos los santos, como nadie ignora. Y la gala del buen automovilista, dueño de una mecánica de cientos de pies de caballo—contando á la portuguesa—es vencer las cuestas arriba lo más aprisa posible. Ahora bien: en tales prisas es cuando ocurren los accidentes.

El torero saltó del auto y fué lanzado al aire, ni más ni menos que le habrá sudado ó podrá sucederle á cualquier hora en el redondel. Sin astas, el automóvil emula al brioso jaramero ó al fiero cordobés. Ya no dan cornadas solamente los cornúpetos y el hambre: el auto les hace competencia y zarandeo á los matadores con toda limpieza y empuje.

Y mirándolo bien, ¿á qué dianche se mete un torero en un automóvil? Lo encuentro un anacronismo en toda regla. Al torero, la calesa, el calesín, el coche de colleras, el potro jerezano negro como la noche, cuyos lomos fatigaba Frascuelo, ó la carretela de cuatro mulas que usa Guerrita. Todo menos la chocolatera mecánica. La disonancia salta á la vista.

O sobra el automóvil, ó sobran las corridas de toros. Las almas piadosas, los espíritus humanitarios, opinarán rotundamente que sobra lo segundo. Y sin embargo—atendiendo al dato del derramamiento de sangre y los estragos y desperfectos,—el automóvil lleva ventaja. Diariamente encontramos en la prensa noticia de algún estropicio, y casi siempre son nombres conocidos los que provocan las exclamaciones de susto y lástima con que tales nuevas se comentan. Siquiera, en las corridas de toros, mueren—y muy rara vez—los toreros. En el automóvil quien menos se desgracia es el *chauffeur*, ó mecánico, ó como guste Cavia: verdad que los señoritos aficionados le relevan de sus funciones y se disputan el placer de quebrarse los huesos, magullarse las carnes y descolgarse las vísceras.

Ya tenemos las Cortes abiertas. La discusión en ellas planteada versa sobre Hacienda; es decir, sobre lo más importante, en la actualidad, para la nación española, y acaso para todas las del mundo. La política económica es la clave de la vida pública. Hoy bien se puede afirmar que los problemas son económicos; que el hombre, el Estado y cuantas entidades jurídicas supongamos, piden la subsistencia y codician la riqueza, prescindiendo de otras ansias que sintieron antaño (libertad, independencia, gloria, triunfo).

Dicen que este modo de ser responde á la evolución científica de la especie, y que por tal evolución, y no por el antiguo patriotismo, perdurará la lucha entre fronteras y entre razas. Verbigracia: en un libro muy interesante que estoy leyendo, *El derecho*, por Carlos Octavio Bange, veo que los jornaleros australianos piden que se imponga á los *coolies* ó jornaleros procedentes del Celeste Imperio un fuerte derecho de entrada, para que no les hagan la competencia, pues son rivales temibles por lo sobrios y activos. Veo también que los obreros norteamericanos hacen huelgas contra los obreros negros y chinos, por igual razón que los australianos se alzan contra los *coolies*. Es decir, que, á despecho de los conatos de fraternidad socialista, los pueblos siempre harán aquello que es natural, y como natural, eterno: procurar cada uno para sí las ventajas mayores, y combatir á los que se las disputen, por todos los medios y empleando los sistemas que dicte la oportunidad.

Una cuenta interesante es la presentada al gobierno ruso, de los perjuicios acarreados por la revolución que estalló y fué ahogada en aquel Imperio.—Sólo los perjuicios directos, entiéndase bien; porque los indirectos, el diablo que los calcule, aunque los calculistas les echan (á ojo) setecientos cuarenta millones de rublos.

Los directos son: destrucción de pozos de nafta, cien millones de rublos; casas incendiadas, cincuenta millones; saqueo del puerto de Odesa, cincuenta millones; otras ciudades, villas y aldeas saqueadas, sesenta millones; daños al ejército, cincuenta millones; daños á la industria, cuarenta millones; total de lo directo, trescientos cincuenta millones; que, con lo indirecto, arrojan mil y cien millones de los consabidos rublos, y á decir verdad, me parecen demasiados millones, y demasiadas matemáticas en quien los haya sumado, contado y comprobado, y me atrevo á creer que en todo ello hay mucho de fantasía.

Sucede ahora con el dinero lo que antes con los degüellos y matanzas: tal número de hombres «perjudicados» resultaban de los telegramas, que, si se admitiesen los datos, no quedaría ya en Rusia *piante ni mamante*. Y ahora, no quedaría dinero. De suerte que diremos, por vía de consuelo filosófico: «Siempre se exagera.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.